

mío como la chacra, pues tras de las presentaciones en la fiesta de caridad, venía como consecuencia obligada, una calurosa felicitación por mis dotes oratorias.

No tardaron en rodearme damas y señoritas, pidiéndome un discurso, después de haberme sacado hasta el último peso, como si se hubieran propuesto dejarme en la más completa indigencia intelectual, despojándome también de mis ideas.

Pero, al fin tuve que acceder.

Tomé una silla, me encaramé en ella y rompí á hablar.

A mi lado, rozándome los tobillos con sus caderas, se hallaba una joven señora, muy fina y elegante.

Durante el exordio, mi cerebro no percibía otra impresión que la de aquel roce no interrumpido, acelerado y multiplicado después por los movimientos de la dama al aplaudirme; y bajo el influjo de tal sensación, brotaron de mis labios estas palabras:

¡Oh, incomparable Dolores! Ahora si que admiro la exuberancia de tus firmes caderas, sobre las que pueden partirse almendras y nueces, sin peligro de tu arrogante integridad. Comparo aquellas sensaciones deliciosas con este cosquilleo insufrible que los tules engomados me producen, tules que, si engañan á la vista, no alcanzan á engañar al tacto»...

No sé como salí de la fiesta; mi primo se portó como un verdadero héroe sacándome á empujones, fingiendo que me agredía indignado como toda la concurrencia.

Al pronto creí que aquello era una ovación; tantas tarjetas me daban y tanto fué el barullo que se produjo; pero Ruperto me refirió el discurso y me di cuenta del motivo del escándalo.

—Y, espera, me dijo. Todavía ha de tener esto consecuencias más graves.

Las tuvo en efecto: desafiado por el marido de la dama fina y elegante, fui al campo del honor, contra mis convicciones de que el campo más noble es el que más y mejor trigo produce; y no solo fui, sino que volví... herido.

Pero, tuve el consuelo de recibir amablemente la visita de mi agresor, que se interesó mucho por mi salud, y también una carta de la dama ofendida, agradeciendo mi franqueza, pues había sustituido sus caderas de linón con otras de caucho que fingían la realidad admirablemente.

Esta carta fué publicada el pie del acta del duelo, para destruir los efectos de la maledicencia que se negó á creer que el lance fuera simplemente cuestión de caderas.

Cuando el médico me dió de alta y comuniqué á mi primo la inquebrantable resolución de irme á la chacra, Ruperto, bañado en lágrimas, me dijo:

—¡Tan luego ahora, que comenzabas á distinguirme!

—¡Como no, con la ceja izquierda de menos, gracias el sable de mi adversario!

CAMPOLONGO.

---

#### BAUTISMO DEL ACTUAL REY DE INGLATERRA

